

CUADERNOS

DE ESTUDIO Y CULTURA

Núm. 17 Septiembre 2003

**Tres maestros andaluces
de la poesía**

Alfonso Canales

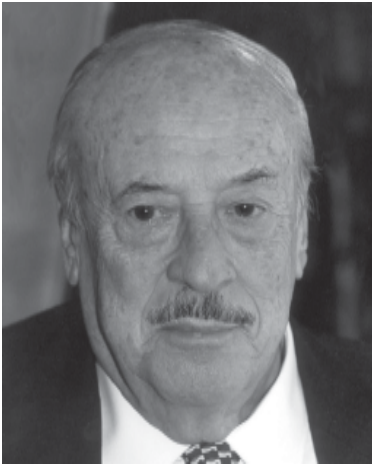
Manuel Mantero

Rafael Montesinos

ACEC

ASSOCIACIÓ COL·LEGIAL
D'ESCRITORS DE CATALUNYA

ASOCIACIÓN COLEGIAL DE
ESCRITORES DE CATALUÑA



Alfonso Canales



Manuel Mantero



Rafael Montesinos

Cuadernos de Estudio y Cultura

Número 17

Primera edición: septiembre de 2003

© de los autores

Depósito legal: B-31.682-2003

Tirada: 500 ejemplares

Realización y maquetación: Insòlit, Barcelona

Fotografías: Teresa Sanz

Impresión: La Impremta Ecològica

Edita:

Asociación Colegial de Escritores de Cataluña

Canuda, 6, 6º piso

08002 Barcelona

Tel. 93 318 87 48 / Fax 93 302 78 18

acec@smc.es / www.acec.tv

Junta Directiva de la ACEC**Presidenta:**

Montserrat Conill

Vicepresidenta:

Pilar Gómez-Bedate

Secretario General:

José Luis Giménez-Frontín

Vicesecretario:

Antonio Tello

Tesorero:

Dante Bertini

Vocales:

Hèctor Bofill

Luisa Cotoner

Olivia de Miguel

Manuel de Seabra

José María Micó

Iván Tubau

Sumario

Presentación

José Luis Giménez-Frontín 7

La poesía

de Alfonso Canales

José Corredor-Matheos 9

Tres poemas

Alfonso Canales 13

La poesía

de Manuel Mantero

Pilar Gómez Bedate 17

Tres poemas

Manuel Mantero 21

La poesía

de Rafael Montesinos

José Ángel Cilleruelo 25

Tres poemas

Rafael Montesinos 33

Presentación

El presente número de la revista *Cuadernos de Estudio y Cultura* de la ACEC es consecuencia de una feliz coincidencia. Si la ACEC no hubiese recibido el generoso patrocinio de la Fundació Caixa Catalunya para incluir a tres indiscutibles maestros de la poesía andaluza, Alfonso Canales, Manuel Mantero y Rafael Montesinos, en el fondo de su Archivo Audiovisual de Poetas, no habríamos organizado conjuntamente los días 7, 10 y 16 de octubre una lectura de estos poetas en el Auditorio de la Fundació Caixa Catalunya en la Pedrera, con motivo de sus correspondientes filmaciones. Y si no hubiésemos organizado estas sesiones de contacto entre los poetas y su público, no habríamos contado con los valiosos estudios introductorios, respectivamente a cargo de José Corredor-Matheos, Pilar Gómez Bedate y José Ángel Cilleruelo. Finalmente, de no haber dispuesto de estos estudios, no habríamos podido

planificar su publicación, junto con la de una breve selección de poemas previamente consultada a Canales, Mantero y Montesinos.

El hecho de que la delicada salud de Rafael Montesinos le impidiera viajar a Barcelona, no alteró su filmación en Madrid para el Archivo Audiovisual de Poetas ni la redacción de la presentación a cargo de José Ángel Cilleruelo que acompaña, pues, las realizadas por Corredor-Matheos y Gómez Bedate a todos los cuales la ACEC agradece su valiosa colaboración.

A esta fructífera sinergia institucional hay que sumar el patrocinio del Centro Español de Derechos Reprográficos con la colaboración de la Institució de les Lletres Catalanes, entidades que dan generoso apoyo a nuestra política de publicaciones, como es el caso ahora de este número dedicado desde Barcelona a tres indiscutibles maestros andaluces de la poesía.

José Luis Giménez-Frontín

Barcelona, junio 2003

La poesía de Alfonso Canales

José Corredor-Matheos

No hace falta recordar que, a lo largo del siglo XX, andaluces han sido gran parte de los poetas más relevantes de la poesía castellana. Esta tradición, que no es desde luego moderna y que ha contado en sus penúltimas, o antepenúltimas, figuras nada menos que con Machado, Juan Ramón, García Lorca, Alberti, Aleixandre y Cernuda, tiene hoy continuación. Alfonso Canales es una de las figuras de la poesía andaluza del momento presente y uno también de los poetas españoles más importantes de su generación. Hace demasiado tiempo que no leía poemas en Barcelona. Por ello, además de por su importancia y representatividad, se ha considerado necesario que formara parte de este ciclo de poetas andaluces organizado por la Fundació Caixa de Catalunya. Y creo que todos hemos de felicitarnos por ello.

Hay, en la literatura contemporánea, demasiada poesía que surge, esencial o básicamente, de la lectura de otras poesías y es, antes que un hecho relativo a la vida, un hecho cultural –aunque, en otro nivel, la cultura sea también algo vivo–. En cambio, como ha hecho notar María del Pilar Palomo, «la fusión cultura (que la autora equipara aquí a ‘lecturas’) y vida, es evidente que trasciende en Canales el marco de lo formal».

Trascender, es decir, «penetrar, comprender, averiguar alguna cosa que está oculta», o, para entenderlo a la manera de Kant, «traspasar los límites de la experiencia posible». Esto puede ser, acaso debe ser, la poesía: hacer posible lo imposible. Razón tenía el torero –¿fue El Gallo?–, al decir de algo: «Eso no puede ser, y además es imposible». Porque hay cosas que son imposibles y que, gracias a la creación poética, artística, pueden ser y son. Estoy dispuesto a aceptar, pues, que el poeta tiene como misión traspasar los límites de lo posible.

Centrar nuestra atención en los temas tiene siempre interés, pero lo tiene más, a mi juicio, la manera y la profundidad con que se cale en ellos. En general, en todos los poetas, los temas no suelen ser muchos, y si se ahonda suficientemente en ellos acabamos encontrando lo mismo: la misma agua, la misma sed, idéntico temblor, la misma ansia de amor. Los mismos temas, los mismos problemas, se enfocan desde distintos ángulos y cobran cuerpo en diferentes versiones. Se trata de problemas en los que hay que insistir una y otra vez, porque, para decirlo con palabras de Wittgenstein, «los problemas no se resuelven, sino que se disuelven».

Preocupa a Alfonso Canales el amor: amor a todo. La mirada con que contempla la reali-

dad, en sus múltiples manifestaciones, lo evidencia. Es un amor que produce dolor. Antonio A. Gómez Yebra ha comentado que, en la poesía de Canales, «el sufrimiento propio y el ajeno han marcado su obra de dolor contenido». Recordemos los famosos versos de Rubén Darío, que Alfonso Canales tanto estima: «Pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo, / ni mayor pesadumbre que la vida consciente.» La doble cara del amor-dolor podemos considerarla una constante de su poesía. Pero, siempre, con un carácter intimista, sin tratar de impresionarnos. La importancia del dolor viene a recordárnosla una vez más, gráficamente, con la cita del libro de Job que encabeza sus *Poemas de la teja*: «Sentado sobre la ceniza, se limpiaba la úlcera con una teja.»

A propósito del amor a lo real en su conjunto leemos: «No quiero amarte / tanto como te amo. No quisiera estar tan hecho a la feliz costumbre / de saberte mi suelo fiel, con cuyas sustancias me deleito, dulcísimo / planeta, único apoyo / que tengo.» Pero este amor global no lo sería realmente si no se centrara también en criaturas y cosas concretas. Es receptivo el poeta a todo lo que le envuelve. Empezando por lo más inmediato: la tristeza que observa en un niño, la tierna y dura primera experiencia amorosa de Juanico, los tres ciegos que llegaban a la verja cada día a las 12, un café a las 6 de la tarde, un jardín a las 9 de la mañana, sencillos encuentros con la naturaleza: unos melocotones, unos caracoles, la arena, las rocas, el mar, las olas, el árbol, que acaso es más sensitivo de lo que creía el gran Rubén.

Es interesante apreciar el significado que tiene la muerte para cada poeta. En Alfonso Canales, la muerte es aceptada. No sólo por inevitable, lo que ya tendría su mérito. La acepta, simplemente. Volvemos a leer: «Que morir es accidente / transitorio.» Y, en el mismo poema, escribe más adelante: «Pues morirá la muerte / como mueren las cosas / todas.» Sobre esta visión de la doble cara vida-muerte planea la presencia-ausencia de Dios.

Y ahora, algunos datos. Aunque muchos entre ustedes lo sepan, y lo notarán pronto en el acento, conviene recordar que Alfonso Canales nació en Málaga. Es doctor en Derecho y ha ejercido la carrera en su ciudad natal. Ha sido también profesor de Literatura y director de una galería de arte. Son numerosos sus libros publicados. De ellos merecen ser destacados especialmente: *El candado* (1956), *Port Royal* (1956, en 1968 editaría una edición ampliada), *Aminadab* (1956, reeditado también completo en 1965), *Gran fuga* (1970), *Réquiem andaluz* (1972), *El canto de la tierra* (1977), *El puerto* (1979) y *Glosa* (1982). Estos libros fueron recogidos en parte, junto a poemas de los libros inéditos *Momento musical* y *Tres oraciones fúnebres*, en *Poemas mayores* (1994).

Con el calificativo de «mayores», ha aclarado, «intenté dar a entender que éstos que aquí se reúnen son los poemas en los que puse mayor empeño por expresarme, los que con mayor intensidad se centran en las incógnitas que todo quehacer poético se propone despejar». Posteriormente, además de diversas *plaquettes*, ha dado a conocer *Ocasiones*

y réplicas (1986). Tiene preparado un nuevo libro, *La teja*, del que ha dado anticipos en dos *plaquettes*.

Ha traducido, entre otros, al poeta renacentista latino Juan de Vilches, Cummings y Robert Bly. Ha sido cofundador de las colecciones poéticas «El arroyo de los ángeles» y «A quien conmigo va», y formó parte del grupo redactor de *Caracola*. De los premios que ha recibido destacaré: Nacional de Literatura, Nacional de la Crítica y el de la Crítica Visor. Es presidente de la Academia de San Telmo, de Málaga, y miembro correspondiente de la Real Academia Española y de la Real Academia de la Historia.

Cuando nos decimos que en poesía, como en el arte en general, hay demasiado ejercicio intelectual y cultural, tanto vuelo raso,

demasiada banalidad, una visión de la realidad externalista, que no sabe, no quiere o no puede ir *más allá*, una poesía verdadera como esta de Alfonso Canales ha de sorprendernos. Expresa la reacción que producen en él situaciones concretas, pero esas situaciones son elevadas de nivel y el poema logra una síntesis de validez más amplia, empapada de trascendencia, que puede convertirse en símbolo. Su obra, profunda y en la que no hay nada artificioso ni gratuito, constituye ante todo un apasionado canto al ser humano. De ahí la angustia, la esperanza y la desesperanza entrelazadas que advertimos en su poesía. En uno de los poemas de su próximo libro *La teja* escribe: «Este poema / intenta superar una infinita / desesperanza, y pide perdón / al que lo lea y se contagie.»

Alfonso Canales es poeta, académico y abogado.

- 1923. Nace en Málaga el 31 de marzo.
- 1943. Publicación de sus primeros poemas.
- 1950. Inicia en su domicilio unas tertulias literarias por las que pasan, entre otros, Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Julio Caro Baroja y Camilo José Cela.
- 1952. Funda con varios amigos la revista malagueña de poesía *Caracola*.
- 1965. Premio Nacional de Literatura por el poemario *Aminadab*.
- 1966. Correspondiente por Andalucía de la Real Academia Española.
- 1967. Se doctora en Derecho.
- 1973. Premio de la Crítica por *Réquiem andaluz*.
- 1981. Presidente de la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo.

Bibliografía

(únicamente primeras ediciones de poesía)

- Cinco sonetos en color y uno negro*. Imprenta Zambrana, Málaga, 1943.
- Sobre las horas*. «El Arroyo de los Ángeles», Málaga, 1950.
- El candado*. «Caracola», Málaga, 1956.
- Port-Royal* (edición incompleta). «Cuadernos de Poesía», Málaga, 1956.
- Cuestiones naturales*. «Cuadernos de María Cristina», Málaga, 1961.
- Cuenta y razón*. Adonais, Madrid, 1962.
- Aminadab*. Eds. de la Revista de Occidente, Madrid, 1965.
- Port-Royal* (edición completa). El Bardo, Barcelona, 1968.
- Reales sitios*. El Bardo, Barcelona, 1970.
- Navidades juntas*. Caja de Málaga, 1970.
- Réquiem andaluz*. Visor, Madrid, 1972.
- Épica menor*. «Aldebarán», Sevilla, 1973.
- Hoy por hoy* (primera antología). Universidad de Sevilla, 1974.
- El año sabático*. Editora Nacional, Madrid, 1976.
- El canto de la tierra*. «Lindes», Valencia, 1977.
- El puerto*. UNED, Granada, 1979.
- Glosa*. «Arenal», Jerez, 1982.
- Momento musical*. «Jarazmín», Málaga, 1982.
- Tres oraciones fúnebres*. «Hojas del sueño», Valencia, 1983.
- Ocasiones y réplicas*. «Puerta del Mar», Málaga, 1986.
- Poemas mayores* (antología 1956-1983). Ayuntamiento de Málaga, 1994.
- Poemas de la teja*. CajaSur, Córdoba, 1998.
- Nuevos poemas de la teja*. Rafael Inglada Edc., Málaga 1999.
- Breve llama*. Universidad de Málaga, 2000.

José Corredor-Matheos (Alcázar de San Juan, 1929). Poeta y crítico de arte. Premio Boscán en 1961. Premio Nacional de Traducción entre lenguas españolas en 1984 por *Poesía catalana contemporánea* (Espasa-Calpe, Madrid, 1983). Entre sus libros de poesía cabe destacar *Carta a Li Po* (Ocnos, Barcelona, 1975), *Poesía 1951-1975* (Plaza & Janés, Barcelona, 1981), *Y tu poema empieza* (Endimiión, Madrid, 1987), *Jardín de arena* (Pamiela, Pamplona, 1994) y *Poesía 1970-1994* (Pamiela, Pamplona, 1999).

Tres poemas

Alfonso Canales

Los años

HERMOSO es morir joven
 y dejar el recuerdo de la piel no tocada
 por agravios del tiempo:
 pero lo es más haber vivido mucho
 y haber hecho que el cuerpo se fatigue
 de amor y de labor. Es muy hermoso
 incorporarse al coro con voz nueva,
 destemplan el unísono con un grito de júbilo
 para sellar los labios
 después: pero es más bello
 que los años trabajen la palabra y el canto
 fundidos, de manera que una nueva armonía
 se logre en el conjunto, desconocida antes.
 Feliz aquél que puede las causas de las cosas
 adivinar temprano,
 mas el que se retarda
 adrede, no queriendo que nada se le esconda,
 llega más lejos: día
 tras día desenvuelve
 un camino que otros ya encontrarán pisado
 y transitable.

Hermoso
 es aprender, rozar lo no sabido,
 descerrajar las puertas, rasgar túnicas, velos,
 impedir que se queden los damascos
 colgados de doradas galerías
 llenas de polvo, pero el mayor premio
 para el hombre que vive y dice y ama
 es lograr el lenguaje
 con el que los balcones, definitivamente
 abiertos, comunican
 su saber soleado a las estancias;
 sacar del negro engaño a la tiniebla,
 y a la misma penumbra de sus grises cenizas;
 en la piel de las cosas
 acomodar la luz, como quien créese
 divino y con la fuerza
 de la garganta hace que se levante un mundo
 resistente a los años.

De El puerto

Birrhay

Los días que tú cuentas tiene el mundo:
pues cuando tú no estabas, ¿qué de real había?
¿Cómo pudo existir lo que tus ojos
no eran capaces de crear, tus dedos
de acostumbrar a la vital dulzura
de su tacto? No hubo nada antes
de ti, ni creo que haya
nada después de que tu vida acabe.
Ni siquiera los años que el tiempo me atribuye
antes de tu venida fueron sino fantasmas
de un mal sueño: más joven
soy que tú, pues no cuenta
para mí cuanto pude vivir sin conocerte.
También yo soy tu obra: lo que piensas de día,
lo que de noche ocupa tu deseo,
eso me alza, viva
criatura del amor, como una fuerza
tuya que por milagro se conforma
y alienta. Nada puede
sucederme si dejas de tejer esta tela
donde se van trabando tus hilos con los míos.
Antes de ti, después de ti, el diluvio
de la nada disuelve
esta mano que escribe estas palabras.

De *Glosa*

No somos de esta forma de ser que improvisamos
en tasados temblores, a una intemperie inhóspita.
No somos de ese mundo
que brilla en superficies que se ajan. Lo mismo
que la lluvia, rayamos un momento
el panorama iluminado, para
discurrir sordamente en humedades
larguísimas (diríase
que eternas). No volaremos nunca
nosotros, esta mezcla
de ala y terrón. Precario maridaje.
Algo puede que suba,
ya sin saberse, a soles o a tormentas,
a paz o a ira: pero
este bloque de asombro y circunstancia,
esta mina de miedo y fe, este grumo
de polvo y tiempo, afirmo
que nunca volará. No estamos hechos
para el ambiente en el que bullen plumas
y soplos. Porque árida
es la materia, madre de las sombras,
y a su origen se inclina,
y a su reducto tornará tan pronto
como la tierra llame.

De El canto de la tierra

La poesía de Manuel Mantero

Pilar Gómez Bedate

El poeta Manuel Mantero, sevillano de nacimiento y, como Juan Ramón Jiménez, andaluz universal, vive en EEUU desde 1969 y es autor de ocho libros de poesía publicados entre 1958 y 1995: *Mínimas del ciprés y los labios* (Sevilla, 1958), *Tiempo del hombre* (Madrid, 1960), *La lámpara común* (Madrid, 1962), *Misa solemne* (Madrid, 1966), *Ya quiere amanecer* (Madrid, 1975), *Memorias de Deucalión* (Barcelona, 1982), *New songs of the ruins of Spain* (Londres/Toronto, 1986) y *Fiesta* (Madrid, 1995). Después de reunir su poesía en *Como llama en el diamante* (Sevilla, 1996), tiene ahora en prensa un libro nuevo (en Igitur) y una buena cantidad de poesía inédita en el bolsillo, que va a leer esta tarde y que no sé qué sorpresa –sin duda grata– nos reserva.

Estamos ante un poeta en plena inspiración, que comenzó su obra hace medio siglo y que, de manera muy personal, combinando la realidad cotidiana y la imaginación, la lección de la poesía clásica con la moderna, ha ido buscando su palabra interior en un tiempo de confusión social, política y religiosa como ha sido el de la España en que le tocó crecer y donde escribió la primera parte de su obra.

Así, desde *Mínimas del ciprés y los labios* hasta *Misa solemne* seguimos en su poesía los temas de la crisis de la adolescencia de alguien que ha nacido en un medio acomodado (y ha tenido una infancia feliz y una educación tradi-

cional), al descubrir las contradicciones entre los impulsos naturales y las prohibiciones de la moral burguesa y jesuítica; le seguimos los pasos en el descubrimiento de la injusticia social, la falta de libertad política y la hipocresía del medio en que vivió, especialmente el Madrid de los años 60, a donde se fue cuando terminó sus estudios de Derecho. Seguimos luego la actitud tomada entonces, su salida de España, las sucesivas afloraciones en su escritura de su vida pública y personal y sus preocupaciones estéticas, por lo que creo que puede decirse con justeza que la poesía de Manuel Mantero tiene una lectura mayor de diario vital y estético (que soporta otras lecturas a diferentes niveles), con hilo autobiográfico y confesional que la hace especialmente interesante para seguir la peripécia de una persona de su tiempo y su lugar histórico.

En los años de Madrid –durante los cuales participó muy activamente en la vida literaria– publicó tres libros muy apreciados y con éxito, bien difundidos: *Tiempo del hombre* (1960), *La lámpara común* (1962) y *Misa solemne* (1964). El primero obtuvo el Premio Nacional de Literatura, el segundo apareció en la colección «Adonais», el tercero se publicó en la Editora Nacional y fue galardonado con el premio Fastenrath, que concede la Academia de la Lengua. Mientras tanto, Mantero colaboraba asiduamente en la

prensa y en la radio; trabajaba en el Consejo de Investigaciones Científicas, era becario de la Fundación March, daba clase en la Facultad de Derecho... Era, en resumen, un joven escritor de éxito que, sin embargo, se sentía cada vez más disconforme con su ambiente y que por fin, tras «una profunda crisis» (como señaló en la cronología del número monográfico que le dedicó aquí en Barcelona la revista *Anthropos* en 1991), terminó por aceptar lo que en muchos casos se ofrecía como una solución para los escritores que querían escapar del ambiente de la España franquista: la invitación de una universidad norteamericana (la de Michigan primero y luego la de Georgia) para enseñar en ella, por lo que, desde 1969, Manuel Mantero forma parte en cierto modo de la España aún peregrina por más que venga con frecuencia aquí, donde cuenta con asiduos lectores y donde ha seguido publicando sus libros de poesía.

La poesía de Mantero, marcada en sus comienzos por el gusto barroco que se había puesto de moda en España a partir del éxito del neogongorismo en los años anteriores a la Guerra Civil y que en posguerra había continuado expandiéndose entre un sector de poetas cultos, estaba interiormente alimentada por obras como las de Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, el Guillén de *Cántico*, Salinas, Leopardi. Y por los simbolistas franceses y los modernistas americanos que –como explica el mismo poeta en su «Autopercepción» de *Anthropos*– «le abrieron los ojos interiores»: Verlaine, Mallarmé, Rimbaud, Samain; Lugones, Herrera y Reissig, el «gran Rubén».

De acuerdo con todo ello, ha tenido siempre muy en cuenta la musicalidad interna del verso

y la construcción del poema y se ha movido dentro de un clima espiritual muy intenso, nada ortodoxo y muy dentro de un amor por los seres de la naturaleza, las cosas mínimas y el mundo del hombre en el que el apego a la realidad se ha aliado a la imaginación.

Ha seguido, así, la poesía de Mantero el camino muy interesante que se abrió en la poesía moderna a los herederos del simbolismo que, sintiéndose sofocados por la negación de la realidad cotidiana y la entrega total al Ensueño que supuso la obra de Mallarmé (como lección límite de su estética), necesitaban volverse hacia la vida cotidiana y asumirla en su palabra: intervenir en la vida con su poesía y reflejarla, pero sin dejarse subyugar por su apariencia; contemplarla, pero no ya como un vacío (como la miraba Mallarmé y Villiers de L'Isle-Adam), sino como el comienzo de una plenitud que el ser humano puede conseguir aceptándola y partiendo de ella.

Si en la poesía francesa esta búsqueda de la alianza entre el Ideal y la Vida ha tenido una vertiente campesina y otra urbana (con frecuencia presentes en distintos momentos de una misma obra poética) que, dentro de aquella literatura, están claramente identificadas como la de los «elegiacos» y de los «poetas de la posesión del mundo» respectivamente, en la española de nuestro siglo (que, aunque con las diferencias establecidas por nuestros sucesos históricos, responde a las mismas inquietudes causadas por la gran crisis de fin de siglo que ha dado paso a la modernidad) no se ha hecho el estudio de estas dos líneas, sin embargo, existentes, y que pueden trazarse sin grandes dificultades, tanto en la poesía castellana como en la

catalana: son dos líneas que no fueron interrumpidas por el paréntesis de la Guerra Civil sino, al contrario, alimentadas por él en todo lo que contribuyó a aumentar la confusión y el caos. En la segunda, en la poesía de la posesión del mundo, situaría yo la de Manuel Mantero, que está toda permeada de amor a la humanidad y a la naturaleza: viva ésta en sus recuerdos a través de sensaciones agudas, e interpretada la primera en mitos poderosos como el de Deucalión.

Coincide, en el amor por la naturaleza y la salvación de sus sensaciones, con los poetas –andaluces también– del grupo «Cántico» de Córdoba. Pero, de manera diferente al sentimiento fuertemente elegíaco de éstos y al neodecadentismo propio del más conocido de ellos, Pablo García Baena, la poesía de Mantero está llena de vitalidad y de rechazo de la melancolía.

Muy consciente de la existencia del mal en la vida, Mantero concibe ésta como una lucha continua entre fuerzas contrarias en la que el poeta debe tratar de intervenir con toda la energía que le da su visión agudizada, y sabiendo que la bondad o maldad no coinciden con la moral burguesa sino con unos principios que en el terreno social se afirman en la defensa de los humildes y desheredados; en lo religioso, en unos ideales evangélicos que nada tienen que ver con los del nacionalcatolicismo de su momento, y en el de la conducta personal, afirman el amor como la fuerza que mueve el mundo y que, si no está corrompido por la sociedad, ni manipulado por sus intereses y ambiciones, es manifestación pura de la inocencia. Y es el acercamiento más seguro a lo divino.

En la década de los 60, la compenetración de la poesía de Mantero con el sufrimiento de las

gentes humildes y el amor por lo mínimo tuvieron una lectura aprovechable para quienes formaban un frente común contra el franquismo, que el poeta aceptó como parte de su vocación de defensa de los humildes, pero complementando la atención a lo real con la introspección, el simbolismo, la alegoría del mito y la fe en un destino humano que está dentro de un concepto del mundo muy concorde con el hermetismo neoplatónico. Y que concilia la fe en un Dios de bondad, verdad y belleza con la existencia del mal que las criaturas pueden elegir o desechar en la construcción de la propia identidad, pues «Somos obra incompleta/de Dios [...] hemos de terminarnos / con la bruma más nuestra, deducida / del escondido hueso».

En la lucha contra el mal, el amor y el eros son los aliados del hombre, junto con la palabra poética, y ello emerge de toda la obra, apasionada y clarividente, de Mantero tanto en la época española como en la americana, cuando, al alejarse del día a día de su país, las aspiraciones del poeta se encaminan cada vez más hacia una espiritualidad que tiene en cuenta la circunstancia histórica, colectiva y personal, pero que la interpreta en busca de lo metafísico y universal recurriendo al mito cultural y literario, y siguiendo un camino paralelo al de otros poetas de su generación que vivieron la época de su madurez fuera de España y que habían hecho siempre parte en su obra a la poesía que Juan Ramón Jiménez llamaba «poesía con espíritu», como ha sido el caso de Ángel Crespo y de José Ángel Valente, en la línea no-realista de cuya obra debe situarse la de Mantero en ese estudio de los poetas de las generaciones de posguerra que está todavía por hacer.

Manuel Mantero es poeta, novelista y profesor universitario.

- 1930. Nace en Sevilla el 29 de julio.
- 1957. Tesis doctoral sobre filosofía y derecho en Leopardi.
- 1960. Premio Nacional de Literatura.
- 1964. Pensión Juan March de Literatura. Se instala en Madrid, donde contrae matrimonio.
- 1965. Premio Fastenrath de la Real Academia Española.
- 1969. Marcha a los Estados Unidos (profesor numerario en la Universidad de Western Michigan).
- 1973. Catedrático de Literatura en la Universidad de Georgia.
- 1981. Premio Albert Christ-Janer.
- 1985. Miembro de la Real Academia Sevillana de las Buenas Letras.
- 1996. Premio Andalucía de la Crítica por el libro *Fiesta*.
- 2000. Profesor honorario en la Universidad de Georgia.

Bibliografía **(únicamente primeras ediciones de poesía)**

- Mínimas del ciprés y los labios*. Arcos de la Frontera, 1958.
- Tiempo del hombre*. Ágora, Madrid, 1960.
- La lámpara común*. «Adonais», Madrid, 1962.
- Misa solemne*. Editora Nacional, Madrid, 1966.
- Poesía 1958-1971* (incluye el libro inédito *Poemas exclusivos*). Plaza & Janés, Barcelona, 1972.
- Ya quiere amanecer*. «Dulcinea», Madrid, 1975.
- Memorias de Deucalión*. Plaza & Janés, 1982.
- Fiesta*. Endimiión, Madrid, 1995.
- Como llama en el diamante. Poesía completa*. Fundación El Monte, Sevilla, 1996.
- Color y olor*. CajaSur, Córdoba, 1997.

Manuel Mantero también ha publicado novela, antologías, ensayo y crítica.

Pilar Gómez Bedate, titular de Literatura Española en la Universitat Pompeu Fabra de Barcelona, ha publicado numerosos trabajos sobre poesía contemporánea española. Su libro *Poetas españoles del siglo xx* (Huerga y Fierro, Madrid, 1999) incluye el ensayo «Manuel Mantero, del Yo al Nosotros (notas sobre el poeta y el Simbolismo)».

Tres poemas

Manuel Mantero

Guadarrama (Valsaín, Segovia)

Más allá de la zarza y la garduña,
más allá del berceo y la retama,
más allá del murciélago y el pino,
más allá de la víbora y el roble,
más allá de los lobos en la nieve,
tan sólo el muro de una casa en ruinas.

Tan sólo un muro ileso
presidiendo la sierra bajo el volar del buitre,
y en el muro de piedra
un hueco de ventana
donde, esbelta de sangre joven,
fulge una jarra de claveles.

Ay, si mis versos fueran
como esas flores que dejó la mano
de algún sabio viajero en la ventana,
mi poesía como esas flores
con sus pétalos rojos anulando el vacío.

Del libro en preparación, *Equipaje*

Baudelaire

La ciudad y la noche. El resto
poco le importa a quien
se educó entre tertulias y prostíbulos.
En las mujeres busca lo que no
pueden darle (aunque cerca están de darle)
y en las conversaciones del Café
no busca, simplemente impone
su estirpe a súbditos que tienen
el cerebro de paja.

Suele, para cambiar de aburrimiento,
desvanecerse en alcohol y opio,
imaginar poemas
que nunca escribirá,
y visitar el paraíso
disfrazado de muerto. Tantas veces
de allí lo echaron, que perdió la cuenta.
Pero siempre retorna.

Del libro en preparación, *Equipaje*

Puñetero niño

Campana de Santa María,
¿dejarás de tañer? Y deja
súbitamente de irritar. Luego
dos sonos espaciados.
De pie –qué alto– mi padre
junto a mi cama: «No te quedarás
sin la misa. No esperes
el tercer toque.»
Con perfección imito la inocencia
de los que duermen, más dichoso que ellos,
pues no saben que duermen.
Entra la luz por el balcón
y me llegan (droga celeste)
los olores agrícolas del pueblo
en verano. Se va
mi padre y casi en sueños le oigo:
«Este niño, este niño puñetero.»

Palpa una mano mi cabeza
bajo el embozo tibio de la sábana.
Una voz me conmina: «¿Cuántas veces
quieres que te despierte? Llegarás
tarde al colegio.» Pienso
en el frío, en la calle,
en el triste palacio de mármol y justicia
donde estériles jueces me condenan
a estériles sentencias cada día
y a erróneas conjeturas cada noche.
Pienso en la Virgen coronada de oro
que pide aire y temblor para su pecho

desde la melancólica madera.
Pienso en los errantes tumbos de las aulas,
tumbas. Pienso que estamos en el fondo
del mar.

Mi padre insiste, insiste: «Llegarás
tarde al colegio.» Añade, suspirando:
«Este niño, este niño puñetero.»

Yo me enfado, te grito: «¡La paciencia
se acaba ya, dormiste mucho,
padre, tenemos que viajar, levántate!»
Y, sereno: «Te aguardan nuevos años,
mis años exprimidos como soles,
mi casa, mis pinares, mis recuerdos,
mis hijos y los hijos de mis hijos.
Conocerás la lágrima obstinada
que perdura en el canto de los negros,
y en la Montaña de la Lluvia Roja
cómo bailan los indios su locura.
Y cuando el colibrí se esconda y el cocuyo
se despierte volando, te mostraré orgulloso
desde mi porche perfumado de magnolias
las estrellas más claras de la tierra.»

Te hablo y estoy aquí,
delante de la puerta de tu alcoba,
aquí esperando
que por fin se levante
este padre, este padre puñetero.

Del libro en preparación, *Equipaje*

La poesía de Rafael Montesinos

José Ángel Cilleruelo

I

Rafael Montesinos nació, «naturalmente», en Sevilla. Todos los críticos son unánimes al afirmar, reafirmar, confirmar que Sevilla le hizo poeta. Acaso sea al revés, que Montesinos hizo un poco más poética, y eso parecía imposible, la ultra poetizada Sevilla. A esta ciudad y a sus cosas el poeta ha escrito tantos versos que sería difícil incluso reunirlos, pero entre todos ellos se puede recordar un terceto del soneto «Vencido vuelvo a la ilusión primera», que siempre ha parecido modélico:

Qué lejos la ciudad se me ha quedado,
qué cerca tu recuerdo y qué temprana-
mente la vida, entre mis manos, vieja.

Y nació, por decirlo todo, el 30 de septiembre de 1920 en el número 41 de la calle Santa Clara. Al frente de uno de sus primeros libros puso una cita hoy celeberrima, aunque entonces lo era menos: «Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla», frase que de buena gana hubiera escrito Montesinos, si no se le hubiera adelantado en el tiempo otro paisano suyo; pese a que no la escribiera, sólo la citara, sin duda la vivió. Tenía aquella casa de la calle Santa Clara un patio apacible y sevillano, con su cancela, sus macetas y su palmera en el centro, su sosegada penumbra

y la grata sensación de humedad en mitad del verano andaluz. Y tenía aquella casa unos vecinos que llegarían a ser ilustres: nuestro poeta fue precedido por don Enrique Canito, inolvidable fundador de otro patio sevillano en Madrid, la revista *Ínsula*. Después vendrían otras calles al paso que mudaba el domicilio familiar: la calle Peñuelas, con su animada azotea y un pequeño patio donde daban las ventanas de Rosita, la niña de nueve años que dejó en el corazón del poeta el primer cristal roto de la ausencia; la calle Martín Villa, la calle Reyes Católicos, cuyos balcones daban al río, frente a Triana...

Balcón de mi adolescencia,
balcón,
de todo lo que yo he sido,
sólo tu altura quedó.
¿Quién te pone ahora visillos
donde puse el corazón?

Y finalmente la calle Almirante Ulloa, donde la familia se trasladó un año fatídico, 1936. Sobre la guerra, Montesinos no ha escrito muchos poemas, ni era razonable que lo hiciera, ahora bien, los seis o siete que ha dejado escritos son sencillamente estremecedores:

Éramos niños en aquella guerra
que nuestros padres inventaron

Sólo a esa extraña cualidad del recuerdo que relega lo ingrato por subrayar únicamente lo favorable, atribuye Rafael Montesinos la ocurrencia que tuvo su padre, antiguo alumno de los jesuitas en Barcelona, de mandarle a un colegio de jesuitas en Sevilla. Los recuerdos de aquellos años de infancia y de niñez, que suelen ocupar media línea en cualquier biografía, ocuparían este artículo completo, pues Rafael Montesinos los ha salvado de un modo extraordinario, artístico, en muchos, muchos poemas y también en un librito, *Los años irreparables* (Madrid, 1952; 3ª edición aumentada, Sevilla, 1999), subtítulo «Prosas en memoria de la niñez», que sin duda es una de las mejores evocaciones de la infancia en una época de posguerra en la que recuperar el paraíso infantil era algo más que una opción personal, fue una verdadera obligación artística frente a los disparates que la accidentada historia española de los años 30 obligó a vivir a los jóvenes de entonces.

El día 31 de diciembre de 1940, la vida sevillana desaparece de la vista del joven Rafael. Toda la familia se traslada a Madrid. El propio poeta, con una lucidez que sobrecoge, ha contado que aquel día de maletas y baúles, de pitidos y sacudidas, de carbonilla y adioses, vio que él se despedía, agitando un pañuelo desde los andenes de la estación, de él mismo, que se asomaba por la ventanilla para decir adiós a familiares y amigos. Y es que desde el primer día de enero de 1941, Rafael Montesinos vivió en Madrid, a él le gusta decir Castilla, acaso porque, siguiendo su oficio único de obser-

vador de estrellas («Pero cuando», ha dejado escrito el poeta, «mis seis años supieron leer y escribir correctamente, presintiendo quizá ya entonces que todo lo demás no me iba a servir para nada en este mundo donde he caído, mandé a paseo mi aplicación, mi conducta y mi porvenir, tumbándome definitivamente boca arriba a mirar las estrellas»), en la palabra Castilla es verdad que existe un matiz oculto que habla de cielos altos y diáfanos. También siguió paseando por sus calles de Sevilla una vida acaso más real que la madrileña. Hay un soneto estupendo de la primera época, titulado «El regreso perdido», donde este desdoblamiento adquiere una dimensión artística; su último terceto se expresa así:

Si Rafael entonces me llamaba,
¿cómo me llamo ahora en este frío
peregrinar de un sueño que se acaba?

El primero de enero de 1941, en Madrid, empezó otra vida para Rafael Montesinos, que si acaso no ha tenido tanta fortuna lírica como los arcádicos años sevillanos, sí merece que ahora la recordemos por sus logros. Sus primeros poemas en seguida empezaron a aparecer en las revistas que hoy son la referencia de la época; no en una sola revista, sino en todas las memorables: *Garcilaso, Halcón, Proel, Espadaña, Ínsula, La estafeta literaria...* Una mención especial merece su labor como director de la Tertulia Literaria Hispanoamericana, que desde 1954 ha celebrado más de mil sesiones en casi cincuenta años de vida. No creo desacertado afirmar que de la mano de Rafael Montesinos han

entrado en Madrid casi todos, por no decir todos, los poetas en lengua castellana de las últimas tres o cuatro generaciones. En este capítulo de los méritos hay que anotar muchos premios, algunos de indiscutible prestigio, como, en dos ocasiones, el Nacional de Literatura, en 1958 el de Poesía y en 1977 el de Ensayo por su libro *Bécquer. Biografía e imagen*. Hay otros premios importantes, es verdad, pero tal vez mayor reconocimiento sea mencionar aquí los lugares que ya se llaman para siempre Rafael Montesinos, como una calle en Alájar (Huelva) y otra en Dos Hermanas (Sevilla), y como los jardines que llevan su nombre en su ciudad, entre el paseo de Colón y el puente de Triana, frente al balcón donde se asomaba el adolescente con sus ensoñaciones. Un jardín que ya habían inmortalizado antes sus propios versos:

Miro allá abajo el río
y a su orilla el edén: ese jardín
adonde en soledad bajan mis ojos,
sin comprender por qué es consigo misma
tan dulce y tan cruel la adolescencia.

Años más tarde, sobre ese mismo jardín sevillano, ya dedicado a él, escribirá tres versos estremecedores:

Ya todo lo tengo aquí:
la adolescencia perdida
y mi olvido en un jardín.

Un capítulo especialmente grato es recordar ahora su condición de ilustre becqueriano. El mismo poeta nos ha contado el abismo que siente recorriéndole la médula al pensar qué habría sido de él si el niño que

fue hubiera creído que la poesía era ese caldo grueso que en todas las épocas intentan pasar por poesía gentes zafias y sin sensibilidad alguna: «Aún recuerdo el día en que le conocí», escribe Montesinos sobre Bécquer. «Mi primer encuentro con la poesía pudo haber sido desastroso, si él no hubiese aparecido inesperadamente, sevillano, huésped de las nieblas, ahuyentando con el vuelo de su capa a todos los poetas ramplones». A su empeño becqueriano le debemos un Bécquer más puro, pues ha tachado rimas y leyendas falsas, y mayor, pues ha descubierto otras verdaderas. Su archivo conserva, y creo que no me equivoco, la mayor colección de ilustraciones becquerianas que existe, y a su pluma debemos libros sabios y deliciosos, como el que mereció el Premio Nacional en el 77 o esa pequeña joya que es *La semana pasada murió Bécquer* (1992). Con ser grande la contribución de Rafael Montesinos al conocimiento de Gustavo Adolfo, creo que su aportación becqueriana a nuestra poesía es mayor aún en otro sentido. Estoy convencido de que no sólo el erudito Montesinos ha ensanchado la imagen de Bécquer en el siglo XX, sino también el poeta. Y no estoy hablando de ser más o menos becqueriano, sino de encarnar en otra época el ideal poético de Bécquer y convertirlo en auténticamente contemporáneo. No hablo de influencias, sino de una verdadera encarnación. Toda su poesía es un acto de fe en el ideal becqueriano del amor, de la poesía y de la vida, y sobre todo en ese nuevo ente maravilloso que crea la conjunción de los tres, amor, poesía y vida.

Toda su obra serviría para apoyar estas palabras mías, pero voy a copiar sólo una estrofa que sólo la pudo escribir un poeta de verdad becqueriano y de verdad contemporáneo:

Pero medí tu cuerpo con mis besos,
 tus besos con mis labios,
 para las altas lunas de tus pechos
 fui poeta romántico,
 porque en tu sangre había diecisiete
 caballos galopando.

Y quiero reunir junto a estos versos dos más de una «Canción para antes de escribir» que aciertan a dibujar la esencia de las enseñanzas becquerianas en Montesinos:

Beso escrito y no besado,
 jamás lo escribiré.

II

La evocación de Bécquer desemboca en las puertas de su poesía, pero antes tal vez haya que mencionar uno de los agujeros negros mayores de la historia literaria reciente. La crítica agrupa con un sentido histórico a Rafael Montesinos en la primera generación de posguerra. En 1936, el poeta tenía dieciséis años. Su primer libro reconocido (pues hubo otros anteriores en ediciones privadas) se publica en 1946. Estamos, pues, plenamente en las coordenadas que la historia literaria traza para esta generación. A Dámaso Alonso debemos el primer esbozo, creo que lucidísimo en la época, de esta generación, que para él se manifestó desgarrada en dos actitudes, una que llamó arraigada y otra desarraigada. La celebridad de

su artículo lo ha hecho, creo que para todos, no sólo conocido, sino incluso familiar. Ahora bien, ¿dónde situamos a Rafael Montesinos? Francisco Alejo Fernández, estudioso del poeta, nos da la visión común entre la crítica: «Rafael Montesinos, colaborador asiduo [de la revista *Garcilaso*], ha sido encuadrado tradicionalmente por la crítica dentro de este grupo [la poesía «arraigada»]. En cualquier caso, [...] sí se puede afirmar que la trayectoria literaria posterior de Rafael Montesinos sigue derroteros muy personales». Esta es, más o menos la opinión generalizada en la crítica. Aunque comparta algunas características, la obra poética de Rafael Montesinos no acaba de encajar del todo en aquella corriente que Dámaso Alonso llamó «arraigada». Es mejor, como hacen los críticos, dejarla fuera, afirmar, lo que es indudablemente cierto, que siguió «derroteros muy personales». Pero, ¿esta afirmación de individualidad significa acaso que Rafael Montesinos fue un poeta que escribió al margen de su época y de su generación, como hicieron otros muchos entonces, como por ejemplo escribió su obra poética Cirlot? Nada más lejos. Creo que Rafael Montesinos estuvo siempre en el epicentro mismo de la primera generación de posguerra. Pondré un primer ejemplo. En un año tan temprano para su generación como 1946, Montesinos publicó su primer libro, *Canciones perversas para una niña tonta*, en las publicaciones de la revista *Garcilaso* –ámbito arraigado– y ese mismo año la revista santanderina *Proel*, emblema como pocos de la poesía desarraigada, publica un artículo

de nuestro poeta nada menos que sobre *Ocnos*, el libro de poemas en prosa de Luis Cernuda que había aparecido cuatro años antes en Londres. Es decir, desde el principio Rafael Montesinos se sitúa en el centro de su tiempo, pero no de una parte o de otra cuando éste se divide, sino en las dos: *Garcilaso* y *Proel* al mismo tiempo. Es verdad que la obra poética de Montesinos exalta, desde su primer libro al último, la soledad esencial del poeta, y que su obra tal vez sea el cántico lírico más puro de su generación, pero creo que también es cierto que sus gestos personales e individuales tienen también un valor paradigmático que no se ha tenido, creo yo, todavía en cuenta. Seguimos buscando rasgos que separen a los poetas en arraigados y desarraigados, cuando tal vez pudiéramos esbozar otro dibujo generacional que uniera a los poetas en lugar de separarlos. Expondré sólo un único caso, pero hay dos o tres rasgos más de análogo relieve. Más importante acaso que enfrentar el sentimiento religioso al social, como es frecuente hacer al hablar de la posguerra, sea buscar otros puntos de referencia. El mismo año de 1955 se publican dos libros que responden a dos profundas crisis personales y poéticas. Uno es *Pido la paz y la palabra*, de Blas de Otero, donde se manifiesta el cambio radical de mirada, del interior hacia el exterior; y el otro es *País de la esperanza*, donde Rafael Montesinos da cuenta de una crisis personal que también busca cerrar la mirada interior y nostálgica, que afortunadamente nunca desaparecerá del todo en nuestro poeta, para abrirla hacia el futuro, la Esperanza. Con ese

acendrado lirismo suyo, escribe en el pórtico de este libro fundamental:

Os dejo mi esperanza todavía;
no os dejo lo que fui, que lo que he sido
—yo que lloraba todo por perdido—
por perdido lo doy con alegría.
Os dejo lo que espero: la agonía
del porvenir, el tiempo no venido.

Estas actitudes, al mismo tiempo personales y representativas de las zozobras íntimas que el momento provocó a unos y a otros, estoy convencido de que ofrecen una imagen más compleja y profunda de los años de posguerra que la mera confrontación de actitudes poéticas e ideológicas. Para algunos, las características son como trajes que el poeta se viste para ir a la moda, y sin embargo, nada más lejos de eso. Lo que caracteriza verdaderamente una época son las aventuras radicalmente individuales, singulares, solitarias que tienen la virtud de permitir que los demás reconozcamos en ellas la imagen de una edad. Estoy convencido de que la historia literaria del siglo XX está aún en sus inicios y ojalá cuando de verdad se aborde se tengan en cuenta los gestos y actitudes que descubren a los poetas verdaderos.

III

La crítica suele ser unánime al reunir en un primer momento poético los cinco primeros títulos que Rafael Montesinos fue publicando desde 1944 hasta 1954, diez años que van desde los veinticuatro a los treinta y cuatro del poeta, quien al llegar a esta edad sufre

una crisis poética de la que él mismo da cuenta en una nota previa al *Cuaderno de las últimas nostalgias*. El título es ya una afirmación sobre sus intenciones. En esta nota afirma que sus tres temas principales son la infancia, la tierra nativa y el amor. A partir de 1955, incorporará en cada libro nuevos temas, pero mantendrá como columna fundamental de su obra la tríada temática esencial.

Yo me acuerdo de un niño diferente
a los otros. Vivía
siempre dentro de él, siempre soñando
las cosas que podía.

La infancia es sin duda el tema más constante en Rafael Montesinos, y traza en el curso del tiempo un arco que coincide exactamente con el perfil del corazón del poeta. En el primer período, la infancia se convierte en un mundo paralelo, pero tal vez mucho más real, pues rememorándolo, reviviéndolo, reconstruyéndolo se construía por dentro el poeta y el hombre. La cualidad arcádica de esta infancia revivida se debe a las dos circunstancias que marcaron su final: la Sevilla perdida tras el traslado a Madrid y la zanja de la guerra que la situaba no ya en otra época, sino casi en otro mundo.

Mi juventud se fue
a la guerra conmigo.
Yo volví, pero a ella
la mataron a tiros.

Es esta recuperación de la infancia, evidentemente, una apuesta personal, y por su intensidad diría que hasta insólita, pero me gustaría subrayar que tiene también un claro

valor paradigmático y generacional como salida de emergencia del presente hacia un tiempo sin heridas. En la infancia prenden otros temas que van a vertebrar esta obra en todos sus períodos: la ensoñación y la soledad. Resulta especialmente atractiva la idea de soledad que asoma en los poemas de Montesinos. Una *so/eá* dice:

Soledad del ir viviendo
mi soledad con los otros
es la soledad que tengo.

La soledad es, pues, una condición, la forma de ser poeta en el mundo. Es la manera de comprender las cosas y comprenderse a sí mismo:

A solas el poeta
vence al olvido.

Dos libros posteriores, *País de la esperanza* en 1955 y *La verdad y otras dudas* en 1967, enarbolan la mirada exterior de Rafael Montesinos. Son los libros que nacen más próximos a su época, son –como diría Machado– su «palabra en el tiempo». Aparecen ahora nuevos conceptos que los poemas van matizando. Primero el de la esperanza, que en nuestro poeta es una forma valiente de darle la vuelta a las cosas para evitar que la nostalgia le ancle en un tiempo pretérito ya fuera del tiempo; es su forma de enfrentar «otra nostalgia del porvenir, alegre y esperanzadora, que cuando llega a nosotros no es precisamente para derrumbarnos». Después aparecen con insistencia el concepto de verdad y, sobre todo, el de injusticia. Unidos al concepto de injusticia surgen las palabras que lo

encarnan: obrero, suburbio, pobre, pero sobre todo jornalero.

En las vivencias del niño en el campo de la Tarazonilla, la finca agrícola que durante algunos años pudo disfrutar la familia Montesinos –mejorando bastante las condiciones de vida de los jornaleros, todo hay que decirlo– y que tan decisiva fue para conformar el ámbito estético esencial del poeta, prende también esta conciencia de injusticia social que años más tarde aflora en los poemas. Hay una copla de madurez que nos recuerda que esta poesía repudia la impostura, en los asuntos líricos y también en los sociales:

Haz caso de lo que digo,
que nunca le he puesto letra
a copla que no he vivido.

La dimensión más fértil de la esperanza, entendida como expectativa ante la vida por llegar, cobra cuerpo a partir de estos libros para ensanchar y profundizar el tema del amor. «Poemas a Marisa» se llamaba una de las secciones de *País de la esperanza*. Aunque de honda raíz biográfica, el tema del amor en la primera época mantiene un preciso equilibrio retórico entre las enseñanzas de los cancioneros tradicionales y la pasión becqueriana. A partir de la irrupción de Marisa en la vida y en la poesía de Rafael Montesinos, el poema de amor labra sus propios cauces expresivos y gana en hondura y belleza. Y todo ello lo encontramos en esas secciones amorosas dentro de los libros más sociales, y también en un hermoso libro con acentos casi exclusivamente líricos que publica entre los dos citados: *El tiempo en nues-*

tros brazos, de 1958, que venía de ganar el Premio Ciudad de Sevilla y se fue a merecer el Nacional de Literatura. Sin duda es éste uno de los libros más densos y personales de nuestro poeta. Y entre los poemas de amor maduro de Montesinos destaca una serie que empieza en este libro y continúa en los títulos siguientes al paso menudo de la edad: son los poemas dedicados al hijo, que a muchos lectores les gustaría ver reunidos en una pequeña antología.

Entre 1967 y 1980, Montesinos publica algún que otro cuadernillo de poemas, reedita algún título y reúne una amplísima antología en Plaza & Janés; sin embargo, los años 70 suponen un hiato en la evolución creativa de Rafael Montesinos. Ahora bien, el poeta que renace en la década de los 80 es, importa decirlo desde el principio, una de las cimas más altas de nuestra poesía contemporánea. En esta década dará a la imprenta dos libros extraordinarios: *Último cuerpo de campanas*, publicado en Sevilla en 1980, y *De la niebla y sus nombres*, aparecido en Hiperión en 1985. Su obra posterior a estos años se recoge en un título que cierra su bibliografía dignamente, *Con la pena cabal de la alegría*, de 1996. En estos dos libros impresionantes, *Último cuerpo de campanas* y *De la niebla y sus nombres*, hay un poeta que escribe desde el olvido de sí mismo, desde la auténtica soledad del ser humano, desde la extrañeza de la edad y desde la paradoja constante de la vida, y que lo hace sin grandilocuencia, sin imposturas, sin falsificación alguna, es decir, de verdad, como siempre escribió, por cierto, el gran poeta Rafael Montesinos.

Rafael Montesinos

- 1920. Nace en Sevilla el 30 de septiembre.
- 1928. Ingresa en el colegio de los jesuitas.
- 1940. Traslado de la residencia familiar a Madrid.
- 1942. Conoce a Manuel Machado y a José Luis Cano.
- 1943. Publicación de sus primeros poemas.
- 1952. Fundación de la Tertulia Literaria Hispanoamericana.
- 1953. Premio Ateneo de Madrid.
- 1955. Se casa con Marisa Calvo, a quien ha conocido en la Tertulia.
- 1957. Premio Ciudad de Sevilla.
- 1958. Premio Nacional de Literatura.
- 1963. Elegido miembro de la Hispanic Society de Nueva York.
- 1977. De nuevo Premio Nacional de Literatura (esta vez de Ensayo).
- 1979. Premio Fastenrath de la Real Academia Española.
- 1989. Nombrado Hijo Predilecto de Andalucía.
- 1992. La Tertulia Literaria Hispanoamericana celebra su cuadragésimo aniversario.
- 1995. Sevilla le dedica la Feria del Libro e inaugura los Jardines Rafael Montesinos en el Paseo de Colón junto al Puente de Triana.
- 1996. Premio Andalucía de la Crítica.

Bibliografía

- Canciones perversas para una niña tonta*. «Garcilaso», Madrid, 1946.
- El libro de las cosas perdidas*. «Halcón», Valladolid, 1946.
- Las incredulidades*. «Adonais», Madrid, 1948.
- Cuaderno de las últimas nostalgias*. «Neblí», Madrid, 1955.
- La soledad y los días* (primera antología poética). Afrodisio Aguado, Madrid, 1956.
- El tiempo en nuestros brazos*. «Ágora», Madrid, 1958.
- Breve antología poética* (segunda antología). «La Muestra», Sevilla, 1962.
- La verdad y otras dudas* (incluye su tercera antología poética). Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 1967.
- Poesía 1944-1979* (cuarta antología). Plaza & Janés, Barcelona, 1979.
- Último cuerpo de campanas*. «Calle del Aire», Sevilla, 1980.
- De la niebla y sus nombres*. Hiperión, Madrid, 1985.
- Antología poética 1944-1995* (quinta antología). Diputación de Sevilla, 1994.
- Con la pena cabal de la alegría*. Libertarias, Madrid, 1996.
- Madrugada de Dios*. Arts Press, Sevilla, 1998.

José Ángel Cilleruelo (Barcelona, 1960) . En su obra poética destacan, entre otros títulos, *El don impuro* (Puerta del Mar, Málaga, 1989), *Maleza* (Signos, Madrid, 1995) y *Salobre* (VI Premio Ciudad de Córdoba «Ricardo Molina». Hiperión, Madrid, 1999). Una novela, *El Visir de Abisinia* (Pre-Textos, Valencia, 2001), tres libros de relatos, *Ciudades y mentiras* (Montesinos, Barcelona, 1998), *Cielo y sombras* (DVD, Barcelona, 2000) y *De los tranvías* (Plaza & Janés, Debolsillo, Barcelona, 2001), y un volumen de diarios, *Barrio alto* (Madrid, 1997), completan su obra literaria.

Tres poemas

Rafael Montesinos

A un amigo

*«Me acuerdo mucho de vosotros y de ti,
Montesinos; ya nunca más veré cómo
nacen tus poemas.»*

(de una carta)

Ramón Camblor, amigo, la palabra más bella
te doy: amigo. ¿Miras solitario tu mar?
violento partidario del pobre y de las estrellas
¿guardas la misma forma de pensar?

¿Recuerdas que decíamos: «El mundo está mal hecho»?
tú desde la violencia, yo desde el alma triste?
Con tu bomba de mano y el dolor de mi pecho,
no hemos soñado un mundo que no existe?

De allá, de San Lorenzo, vendrán las brisas leves
buscando la montaña de Santa Catalina.
Y tú estarás en medio, corazón que te atreves
a gritar tu verdad en cada esquina.

Y te irás por las olas de tu Gijón nativo
con alguien que remando se gana su dinero.
Y volverás más solo, amargo y pensativo.
Y dirás las tristezas del barquero.

Llueve sobre Madrid. La tarde muere ahora.
Ramón, estoy pensando que nada nos separa.
Esa mujer que pide y ese niño que llora
buscan mi corazón que los ampara.

¿Y qué voy a contarte que no sepas de mí?
Anduvo triste un tiempo mi alma enamorada.
Algo he sacado en limpio: llegué, besé y perdí.
Pasa la vida y no me pasa nada.

Todos aquí aguardamos a que regreses. Mira
a tu cielo nativo, espera en Dios, no temas
a la vida; no es mala, después de todo. Mira,
mira cómo me nacen los poemas.

El poeta pide a su mujer que no piense en la muerte

La Muerte tiene un triste gesto oscuro
que te regresa. Repentinamente
de la alegría de vivir. Tu frente
copia ese gesto, pero al modo puro.
La Muerte va sembrando al pie de un muro
blanco con nombres su letal simiente.
Se la escucha llegar, se la presiente
ya desde lejos con su andar seguro.

De soledad y barro estamos hechos,
de muerte y soledad vivimos. Vamos
soñando vida hacia el no ser derechos.

Deja a la muerte con sus negros ramos.
Ama y no pienses que serán deshechos
los cuerpos donde a muerte nos amamos.

Quién

¿Quién me dio este país y este momento
transitorio de un siglo a la deriva?
¿Quién me puso en la frente pensativa
esta alegría y este sufrimiento?

¿Quién dejó entre mis labios este acento
de dolor? ¿Quién me tiene en alma viva?
¿Quién decretó a la dicha fugitiva?
¿Quién al dolor –por qué– lo hizo tan lento?

El alma hacia los cielos se dirige,
velocísima enamorada,
descarnada del cuerpo que la rige.

Pero él, de pronto, da la vuelta
y el alma da en el pecho alicortada.
Yo no sé quién me tiene y quién me suelta.

